BIBLIOTECA CENTRAL

CAPITULO III.

EL ASESINO CORNEJO.

(1869.)

La revolucion estaba derrotada de hecho y de derecho; de hecho, por el advenimiento de Garcia Moreno al poder, á pesar de los esfuerzos desesperados de la secta; de derecho, por la nueva constitucion que anulaba todos sus principios. ¿Dejará que se restablezca el reino de Dios, y que Satanás quede destronado, sin recurrir al medio supremo? O ahora ó nunca tenia que asesinar á Garcia Moreno, el temerario que habia osado atacar la muy alta y poderosa magestad ante la cual se inclinan todos los soberanos de la tierra.

Despues del fracaso de Marzo, los revolucionarios comprendieron que era imposible una insurreccion, sino desaparecia el presidente. Si merece crédito un futuro asesino, parece que Ignacio Vintimilla, al embarcarse para Europa, á consecuencia de la intentona de Guayaquil, recomendó vivamente á los hermanos y amigos que se desembarazasen del tirano por una puñalada. « Dad, les dijó, dad esta buena leccion á los déspotas de América. Bruto mató á

César en pleno senado, sin otra ley que el deber de vengar la libertad romana, y sin mas formalidades que veintitres golpes de un puñal bien afilado. ¿Ha de valer ménos la libertad en Quito que en Roma, ó se ha extinguido ya la raza de los Brutos[1]? »

Para preparar los ánimos á la reaccion, dióse á los círculos y periódicos la consigna de declamar contra la constitucion maldita. Los quinientos que el dia del plebíscito se habian negado á ratificar el voto de las cámaras, empezaron la obra con encarnizamiento. Esperaban desde luego ganar partidarios entre los jóvenes disolutos, cuyos oidos se acostumbran pronto á la música de la libertad, y luego ir afiliando poco á poco á los conservadores mas ó ménos tintos en liberalismo. Sabian perfectamente que esos cobardes, agrupados un instante en torno del hombre que los saca del abismo, se apresuran á volver á las filas de la oposicion, asi que pasa el peligro.

Sobre todo, se echaba en cara á Garcia Moreno el haber puesto el Estado á feudo de la Iglesia. Él respondió con Enrique IV : « Este país es incontestablemente el reino de Dios; le pertenece en propiedad, y no ha hecho otra cosa que confiarlo á mi solicitud. Debo, pues, hacer todos los esfuerzos imaginables para que Dios impere en este reino; para que mis mandatos estén subordinados á los suyos; para que mis leyes hagan respetar su ley[2]. » El buen sentido del pueblo católico aplaudió estas máximas; pero los liberales se extremecierón á la idea del reino de Dios; porque, aun cuando digan como todo fiel cristiano : « Venga á nos el tu reino », no por eso dejan de proscribir la soberania de Jesucristo, como atentatoria á los derechos del Estado.

[1] Declaracion de Cornejo.
[2] Cita tomada de la *Estrella de Mayo*.

Se decia tambien que la nueva constitucion aniquilaba la libertad : Garcia Moreno repitió su máxima favorita : « Libertad para todo y para todos, ménos para el mal y los malhechores. » No habia sacrificado ninguna libertad legítima : garantidas estaban la del padre de familia y la del propietario; existian la libertad de la prensa y la de asociacion, á condicion de respetar la religion, la moral y el órden público, ¿que mas se queria? ¿Por ventura la libertad de la impiedad, de la inmoralidad, de la seduccion y destruccion? El mal y los malvados ningun derecho tienen á la libertad. El pueblo aplaudió esta máxima una vez mas; pero el liberalismo, esencialmente fundado en el derecho de los malos á la libertad, creia intolerables tales doctrinas.

Procurábase sobre todo espantar á los ignorantes, representando el estado de sitio, de que el pueblo oia hablar por primera vez, como un derecho monstruoso conferido al presidente para restablecer la inquisicion, arrastrar á sus enemigos ante el consejo de guerra y organizar el terror. No fué dificil à los conservadores demostrar que el estado de sitio no tenia otro objeto que proteger á los buenos y hacer temblar á los malhechores.

Sin embargo, al cabo de tres meses de discusiones apasionadas, contando con cierto número de gentes crédulas, los conjurados creyeron llegado el momento de ejecutar su infame designio. A principios de Diciembre algunos jóvenes, á cuya cabeza se encontraba un tal Manuel Cornejo, próximo deudo del revolucionario Espinel, tuvierón un conciliábulo en casa de este último, para concertar el medio de asesinar al presidente y apoderarse de los cuarteles de Quito, mientras que sus amigos sublevaban á Guayaquil y Cuenca. Parecioles que para no errar el

BIBLIOTECA CENTRAL

golpe, era lo mas seguro encerrar al presidente en un grupo de asesinos, que le hiriesen todos á un tiempo; pero Espinel no aprobó esta maniobra; porque, segun él, exponia á los conjurados á herirse los unos á los otros. Valia mas atacar de frente, precipitándose sobre la víctima, que alrededor. Muerto el presidente, los asesinos tenian la intencion de lanzarse inmediatamente al cuartel con cierto número de cómplices, matar al general Saenz que mandaba las tropas, y proclamar á Urbina gefe del país. Sin embargo, el valiente Espinel les aconsejó, que si se presentaba el menor peligro dejasen para otro dia el ataque del cuartel. Era preciso no renovar el yerro de Maldonado, que dió el golpe en vago por falta de precauciones. Espinel añadió que si Garcia Moreno no caia á sus golpes, no tenia él, pobre viejo, mas recurso que abandonar su familia y andar errante, sin medios de fortuna, por paises extrangeros. A no ser por su edad, por sus hijos y por el temor de verse acusado de satisfacer una venganza personal, él mismo se pondría al frente de los conjurados, puñal en mano [1] ¡Que excelente hombre era el buen Espinel, y que bien hacian estos bandidos en clamar contra el estado de sitio!

La Providencia desbarató una vez mas estas tramas infernales. El 14 de Diciembre, en el momento de ponerlas en ejecucion, Sanchez, uno de los iniciados, cediendo á los remordimientos que desgarraban su corazon, descubrió al presidente su fatal secreto y el nombre de los asesinos. Todos fueron presos, escepto el taimado Espinel que se escapó al primer grito de alarma. Cornejo y sus cómplices llevados ante el consejo de guerra, fueron condenados á muerte.

[1] Declaracion de Manuel Cornejo.

Pero el adolescente Cornejo, como vamos á ver, tenia en sus venas la sangre de Espinel.

Vuelto al cuartel para esperar allí la hora de la ejecucion, Cornejo lloraba á lágrima viva. A cosa de la una de la mañana, el coronel Dalgo que andaba de ronda, le vió con asombro postrarse á sus pies, suplicándole por todos los santos del cielo que le obtuviese en aquel mismo instante una audiencia de Garcia Moreno. El pobre reo, queria antes de morir hacer algunas revelaciones que interesaban á la seguridad del Estado; revelaciones que no había tenido el valor de hacer al consejo de guerra, con harto sentimiento de su corazon. Dalgo le dijó que á horas semejantes no se atrevia á turbar el reposo del presidente; pero Cornejo insistió, suplicó, lloró tanto y tan bien, que el valiente soldado, movido á compasion, tomó sobre si la responsabilidad de despertar á Garcia Moreno para informarle de la demanda del preso. Recelando el engaño, se negó el presidente por de pronto : « Este joven, dijó, no quiere mas que embrollarme con sus mentiras. Mañana á la mañana tendré tiempo de oirle. » Pero Dalgo hizó á su vez tantas instancias en favor de su protegido, que Garcia Moreno acabó por ceder.

Conducido á presencia del hombre cuya muerte habia jurado, y que disponia entonces de su vida, el pobre Cornejo se postró con una especie de desesperacion á los pies del presidente, y abrazó sus rodillas lanzando sollozos que partian el corazon. Ahogado por las lágrimas, solo podia articular una palabra : ¡Perdon! ¡Perdon! y estaba tan amenazado de un síncope, que el presidente pidiendo auxilio, le hizó dar una bebida fortificante. En vano : para volverle la palabra era menester un tónico mas eficaz : su agonia no terminó hasta el momento en que el Gefe,

BIBLIOTECA CENTRAL

vencido por la emocion, le perdonó la vida. Entónces derramándose en efusiones de gratitud y de arrepentimiento, le hizó la humilde confesion de sus crímenes, y añadió los de sus cómplices. Garcia Moreno despidió al penitente contrito y humillado, sin imponerle otra pena que ocho años de expatriacion.

El arrepentido Cornejo no olvidó á su bienhechor. Llegado á la frontera publicó contra Garcia Moreno un abominable folleto en que le trata de criminal, de tirano y perjuro, y declara en nombre de la religion y la historia, que « el asesinato de tal monstruo es simplemente un acto de legítima defensa, un derecho sin el cual la libertad de que Dios ha dotado al hombre, llegaria á ser un inmenso sarcasmo. » Bueno es conocer en detalle los dichos y hechos de estos malvados, hipócritas y cobardes, para convencerse de que si Garcia Moreno cometió una falta, fué la de haberlos indultado.

Mientras que se arrestaba en Quito á los fautores de la revolucion, su programa se ejecutaba en Cuenca, donde algunos jóvenes sediciosos estuvierón á punto de asesinar al gobernador don Cárlos Ordoñez. Ya recordaremos con que encarnizamiento los liberales y radicales de aquella ciudad habian combatido la candidatura de Garcia Moreno. Llegado este á la presidencia, hicieron oposicion á sus obras, aun á las mismas que particularmente les interesaban, como la carretera de Cuenca al puerto del Naranjal. El gobernador Ordoñez, enteramente afecto al presidente, habia traido, para trabajar en la carretera, cierto número de indios que se empleaban en las haciendas de la comarca : los propietarios descontentos urdieron contra él miserables intrigas, y le designaron á la animadversion pública con la esperanza de obligarle á dimitir, y aun con la de provocar

su destitucion. Pero el gobernador siguió firme en su puesto, sostenido por el presidente, que no trataba de sacrificar á sus leales servidores á la codicia y rencor de una camarilla.

Trabajando por desacreditar al representante del gobierno, los liberales, siempre engañados, no sospechaban que estaban haciendo el juego de sus enemigos. El miercoles 15 de Diciembre, el dia mismo escogido por Espinel y Cornejo para sublevar la capital, una partida de jóvenes exaltados resolvió matar á Ordoñez, y entrar á saco la ciudad de Cuenca. Su jefe, Jerónimo Torres, anunció públicamente que las poblaciones de la costa estaban en plena insurreccion. Dando una lanzada al retrato de Garcia Moreno, afirmó que aquel mismo dia el presidente habia dejado de existir. A las 2 de la tarde un centenar de frenéticos, casi todos perdidos y acribillados de deudas, sabiendo que la plaza se hallaba desprovista de tropa, acudieron al palacio del gobernador y desarmaron la guardia. El gobernador estaba trabajando con sus empleados, cuando Torres, seguido de sus cómplices entró en el despacho, lo arrestó con toda su gente, y lo llevó atado codo con codo, como un criminal. Toda aquella noche los miserables abrumaron á su víctima de vejaciones y ultrages. No lo abandonaron, sino para ir á llenar sus bolsillos, desbalijando las cajas públicas. — « Necesitamos dinero, escribia Torres, dinero y siempre dinero, de cualquier modo que sea. ¡Ay de los propietarios! » Al gobernador le impusó una multa de diez mil duros.

Al dia siguiente, 16 de Diciembre « para restablecer el órden público, como decia Torres, los insurgentes convocaron á los padres de familia á una reunion para decretar la destitucion del gobierno. Pero los liberales, provocadores del motin, se arrepentian ya

BIBLIOTECA CENTRAL

de su imprudencia. Demasiado pusilánimes para arrancar al gobernador de manos de los asesinos, rehusaron al ménos hacerse sus cómplices. Torres y los suyos abandonados de todos, furiosos hasta la exasperacion, condujeron al prisionero á la plaza; lo ataron á un poste, é hicieron fuego sobre él. Acribillado á balazos, cayó boca abajo, é indudablemente iba á ser destrozado, cuando unos cincuenta hombres armados, que á toda prisa llegaban de un canton próximo, dispersaron á los bandidos y se hicieron dueños del terreno. Ordoñez, cubierto de heridas, se salvó como por milagro [1].

Desde el descubrímiento de la conspiracion, el presidente pusó en estado de sitio la provincia de Quito, medida que hizó estensiva á toda la república al tener noticia de los desórdenes de Cuenca. » Ecuatorianos, dijó, un puñado de perdidos han querido abrir á vuestras plantas el abismo de las revoluciones; pero la Providencia divina, la adhesion del pueblo á la constitucion y la fidelidad del ejército, han hecho imposible el asesinato del 14 de este mes, preludio de una serie de crímenes horribles. Los principales autores del atentado están en manos de la justicia y sufrirán el rigor de la ley. Algunos traidores, contando con la impunidad que debia asegurarles el cobarde asesinato de Quito, han intentado revelarse en Cuenca; pero la oposicion de una compañia de guardias nacionales, los ha obligado á rendirse ó esconderse en la sombra. Recibirán todos el justo castigo de sus crímenes. Vivid tranquilos, porque Dios os protege visiblemente. Puestos bajo su amparo, respondemos de la paz y prosperidad de nuestra querida patria. »

[1] *El Nacional.* Enero, 1870.

Los amotinados de Cuenca fueron llevados ante un consejo de guerra. Se trató de intimidar á los jueces con pasquines de amenazas de muerte. » Vais á juzgar, decian, á los amigos de la libertad, cuyo crimen es haber querido salvar la patria de las garras sangrientas de un cobarde opresor. Guardaos de condenarlos, porque vuestras cabezas responden de las suyas. A falta de espada para pelear durante el dia, el puñal os alcanzará en las sombras. Lo juramos. » Los terroristas perdieron el tiempo; el consejo de guerra condenó á muerte á los principales culpables y á los demás á trabajos forzados. Algunos liberales se apiadarón entónces de la suerte de los infelices sicarios. Damas sensibles enviaron al presidente una carta empapada en lágrimas para implorar su perdon; pero recibieron esta respuesta indignada : « De la suerte del gobernador es de la que debian compadecerse los habitantes de Cuenca. Quien se hace el sordo al grito de las víctimas, pierde el derecho de invocar la clemencia en favor de los asesinos. »

Despues de diez años de combates, el presidente quedó dueño del campo. Batida tres veces en los últimos nueve meses en Guayaquil, en Quito y en Cuenca, la revolucion comprendió al fin, que el pueblo se unia al gobierno para despedir á los anarquistas. Los jefes tomaron la ruta del Perú ó de Nueva Granada, esperando dias mas favorables á los trabajos masónicos. Se estableció en el país la calma mas completa, que permitió á Garcia Moreno consagrarse enteramente á su obra de civilizacion.

BIBLIOTECA CENTRAL

CAPITULO IV.

EL CLERO, EL EJÉRCITO Y LA MAGISTRATURA.

(1869-1875).

Para trabajar eficazmente en la regeneracion de un pueblo, el hombre de Estado debe reclutar triple ejército de colaboradores : sacerdotes celosos, soldados fieles y magistrados íntegros. El sacerdote enseña la verdad, la justicia y la moralidad; el soldado las guarda; el magistrado, en caso de necesidad, las venga. Asi la sociedad se encuentra en posesion de esos bienes fundamentales que engendran y amparan los bienes de segundo órden. La revolucion, verdadera encarnacion del mal, aborrece instintivamente á dichos tres agentes de la civilizacion : al sacerdote lo mata de hambre, lo destierra ó lo asesina; al soldado lo convierte en bandido asalariado; al magistrado, en verdugo. Garcia Moreno debia de saber algo de esto, porque la desmoralizacion de los grandes cuerpos del Estado durante su primera presidencia, habia esterilizado en parte sus esfuerzos en favor del bien. Al volver á la presidencia, resolvió aprovecharse de su propio prestigio, y de la autoridad que le aseguraba la constitucion.